

El chico del norte

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Boy from the North Country*

En cubierta: © Ian Williams / unsplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Sam Evan Sussman, 2026

© De la traducción, Ignacio Gómez Calvo

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-17-2

Depósito legal: M-3.519-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Sam Sussman

EL CHICO DEL NORTE

Traducción del inglés de
Ignacio Gómez Calvo

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para mi madre

*Es bueno alabar a Adonái,
y cantar a Tu nombre, Altísimo;
proclamar por la mañana Tu bondad
y Tu fidelidad por las noches,
acompañado de un decacordio y de una lira,
a la melodía del arpa.
Pues Tú, Adonái, me has alegrado con tus obras;
a la labor de Tu mano canto jubilosamente.*

Libro de los Salmos (*Tehilim*) 92

«Estamos aquí para tomar los pedazos del universo que nos dan, pulirlos con amor y devolverlos en mejor estado que los recibimos».

FRAN DJUNA SUSSMAN

Amanecer

Uno

Mi madre vivió su propia vida. Era tenaz y se esforzó para labrarse su propio camino. Tenía sus conflictos personales y estaba acostumbrada a soportar las dificultades sin ayuda. Pese a todo, yo no estaba preparado para la revelación que me hizo una tarde de verano, cuando yo tenía veintiséis años, plantado en la entrada de su casa.

De sus hombros enjutos colgaba un vestido azul marino. Sus brazos quedaban al descubierto y, aunque normalmente eran fibrosos, parecían flácidos y pálidos. Su cabello, que era castaño rojizo la última vez que yo la había visto, ahora era canoso y quebradizo. Me sonrió con la cordialidad que siempre transmitía con completa naturalidad.

Avancé con paso titubeante y la abracé. Con la cabeza de ella contra mi pecho y sus brazos en torno a mí, pude escuchar su respiración acompasada. Era mi madre. No podía ser que ella tuviese cáncer. De ser así me lo habría dicho enseguida. Pero sí lo tenía, y no me lo había dicho hasta tan solo veinticuatro horas antes, medianoche en hora de Londres, cuando me llamó por teléfono para pedirme con voz serena que fuera a su casa lo antes posible. Ahora, agotado por el vuelo transatlántico y las dos horas de coche hasta el norte del estado de Nueva York, la apreté contra mí.

Nos separamos. Sus ojos color avellana se posaron en los míos cuando dijo alegremente:

—¿Has visto las peonías de la entrada, Evan? Este es su mejor año en una década.

—Mamá. ¿Por qué no me habías dicho que estabas enferma?

— Como te dije por teléfono — contestó ella sin alterarse —, la operación es mañana por la mañana.

— ¿Desde cuándo lo sabes?

— He pensado que podíamos cenar fuera — dijo —. Hace una tarde preciosa.

Se apartó de mí y cruzó la puerta corredera. Mi madre, que se aseguraba de que cada hoja de ensalada que consumía fuera de cultivo local y cada pez había sido pescado en libertad, que podía explicar con una minuciosidad encantadora los beneficios de la col rizada o el aceite de coco, que se preparaba su propia kombucha, que practicaba yoga cada mañana y meditaba cada tarde, que saltaba a la comba y levantaba pesas, que escribía una columna sobre salud en el periódico regional, que como especialista en salud holística se pasaba los días con clientes que venían a verla desde la otra punta de la región nordeste del país, que a los sesenta y tres años a menudo era confundida con una mujer de cuarenta y tantos... ¿Cómo se había infiltrado el cáncer en su cuerpo?

La seguí en su paseo vespertino. El campo situado entre la granja y el bosque había sido segado hacía poco, y en el aire de agosto se respiraba un intenso olor a hierba recién cortada. Los pinos se mecían por encima de la casa. Unas patas de animal pisaron el sendero de piedra del jardín. Me volví y vi que Lucy venía brincando hacia mí, un *toy fox terrier* de apenas cuatro kilos con sus suaves orejas levantadas y sus pupilas vivarachas como unos ojos humanos.

— ¿Eres una perra? — le pregunté, arrodillándome para recibir sus besos.

Los tres subimos en silencio la colina que se elevaba detrás de la casa. Estábamos en el paisaje de mi madre. Las peonías blancas se balanceaban plantadas en jardineras. El manzano mantenía su postura retorcida como un elegante bailarín. La luz de la tarde caía sobre el granero de color granate en el que cuando yo era niño recogíamos los huevos de las gallinas por las mañanas. Cinco fresnos se alzaban de la tierra como los de-

dos de una mano abierta. Mi madre había colocado la mesa de cedro y las sillas de mimbre en la cima de la colina, mirando al valle, en dirección a la montaña. La única construcción humana que se veía en el valle era nuestra casa, cuyo enlucido verde se mezclaba con las colinas.

Miré a mi madre temiendo que la caminata le hubiese provocado molestias. Ella sonrió posándome suavemente la mano en el hombro. Las nubes blancas se besaban en el cielo color zafiro.

Lucy se escapó y nos adelantó, atraída por los olores que emanaban de la mesa. Mi madre no había escatimado esfuerzos para preparar el banquete. Había tofu dorado decorado con rodajas de limón. Varias cazuelas de barro ofrecían berenjena, coliflor, calabaza y champiñones asados. Un cuenco de cerámica contenía moras y uvas que debía de haber cogido de las vides del bosque. Mi vino favorito de los viñedos del pueblo se hallaba envuelto en un trapo para que se mantuviese fresco, y finas gotas de condensación resbalaban por el cuello de la botella.

—Las moras han salido espectaculares este verano —dijo mi madre, sentándose en la silla de mimbre.

Lucy se subió a su regazo de un salto y apoyó la cabecita sobre el antebrazo de mi madre. Ella cogió unas moras, que dejaron una delicada mancha púrpura en sus dedos, e instintivamente me acordé de las mañanas de mi infancia en que salía corriendo de casa sin camiseta y atravesaba el bosque a toda prisa, con la luz del sol en la piel desnuda, impaciente por devorar todos los frutos rojos que encontrase.

—Prueba la coliflor, está muy rica —me instó ella, ofreciéndome la verdura asada con un cubierto para servir de madera—. Y la calabaza, también. Me recuerda el primer verano que pasamos aquí, cuando parecía que todas las carreteras llevaban al tenderete de un agricultor. ¡Oh! Me he olvidado los melocotones dentro. No sabes lo dulces que están este año.

Empezó a levantarse, y le toqué el brazo tratando de asimilar que, a pesar de su expresión tranquila, dentro de mi madre había

un tumor canceroso que le había consumido el cuerpo y había empezado a encanecerle el pelo. Al día siguiente cuando amaneciese, iríamos a Manhattan, donde un equipo médico tenía intención de dejarla inconsciente a base de fármacos y abrirle el cuerpo con una tecnología tan compleja que no había arraigado en el lenguaje corriente. Los artículos que había leído mientras esperaba para embarcar en el avión en Londres señalaban que ella podía permanecer en la cama hasta una semana después de la intervención. Los seres queridos del paciente tenían que estar dispuestos a ayudarle a andar y a comer. Ella necesitaba cada instante de reposo posible antes de la operación. Por encima de su hombro podía ver el granero, del que ella debía de haber sacado la mesa de madera y las sillas consumiendo una cantidad de energía enorme. Había ido en coche al mercado y se había pasado horas preparando la cena. Había hecho seis o siete viajes de casa a la cima de la colina, cargando con las pesadas cazuelas de barro hasta la mesa. Nada justificaba el esfuerzo que había hecho por mí.

—Siéntate, mamá, por favor. Necesitas descansar.

—Necesito —dijo ella con firmeza— cenar con mi hijo.

Cogió el vino y sirvió el fresco líquido ambarino en mi copa. Señaló con la cabeza el cuenco de fruta, y cogí unas uvas, mordí la piel amarga y luego la dulce pulpa. En las veinticuatro horas que habían transcurrido desde que miré el móvil en el ruidoso bar de Londres y vi que tenía ocho llamadas perdidas de mi madre, había estado demasiado nervioso para comer. Ahora, agotado tras la partida apresurada, devoré el esponjoso tofu, el calabacín y la lombarda.

Mi madre no probó bocado. Se recostó en la silla de mimbre mirándome fijamente.

El valle estaba iluminado con la última luz de la tarde. Los dientes de león sembraban la hierba de manchas amarillas. Un ciervo cruzó dando saltos el sendero que llevaba al bosque, y Lucy brincó del regazo de mi madre para perseguirlo. Mi madre suspiró con satisfacción. Me serví más calabaza, cada

bocado rebotante de sabor a verdura cultivada a menos de un kilómetro de donde estábamos sentados. Por el valle resonaba el traqueteo familiar del tren de mercancías.

—¿Oyes al cardenal? —preguntó mi madre—. Siempre canta cuando se pone el sol.

Y, efectivamente, oí al pájaro trinar mientras sobrevolaba el bosque.

Ella se estiró por encima de la mesa para servirme otro trozo de coliflor asada.

—Me alegre de tenerte en casa —dijo sonriendo.

Me miró con sus brillantes ojos color avellana, y sentí la culpa que tardaba en abandonarme en las visitas a casa. Cuando era adolescente me asfixiaba el aislamiento del pueblo y me había prometido que me iría de Goshen a descubrir sitios donde viviese gente y hubiese vida. Me había licenciado en Literatura en Oxford y luego había viajado de ciudad en ciudad —Berlín, Jerusalén, Londres— haciendo trabajos esporádicos, pero sin quedarme mucho tiempo en ningún sitio. A los dieciocho años no había salido del estado de Nueva York; a los veintiséis, volvía solo de vez en cuando a visitar a mi madre.

Hablábamos por videollamada cada domingo. Nos mandábamos mensajes casi todos los días. Pero yo había dictado en silencio las condiciones de nuestra relación. Era el hijo que vivía en el extranjero.

Los pinos se mecían por encima de la granja. A cada instante, Londres parecía más lejos. La llamada de teléfono de la noche anterior había sido tan breve y tan impactante para mí, que no habíamos hablado de cuánto tiempo me quedaría. Mi madre tenía cáncer. Tendría que decirles a mis amigos que iba a pasar el verano en casa. Una vez que la palabra se pronunciase, acumularía una solidez irreversible, la enfermedad de su cuerpo se convertiría en un hecho social, y la explicación de mi ausencia en Londres sería repetida por amigos y conocidos. No sabía cuándo volvería. Mirando las arrugas de su rostro,

que parecía haber envejecido una década en los dos meses que habían pasado desde la última vez que nos habíamos visto, supe que ya no vivíamos de acuerdo con el ritmo reconocible del tiempo.

—Estaré aquí —dije bruscamente— todo lo que necesites.

Lucy volvió dando brincos, atrapó de un salto un bocado de tofu de la palma de la mano de mi madre y se puso a trotar alrededor de la mesa para celebrarlo. Mi madre me miró con incertidumbre. Como si la elegante fachada de la tarde estuviese dando paso a lo que nos aguardaba por la mañana. O tal vez eran imaginaciones mías. Estaba proyectando en ella lo que sentía, mi incomodidad ante un hecho cada vez más evidente: que hacía tiempo que ella sabía que estaba enferma. Me había pedido que hablásemos por teléfono en vez de por videollamada los dos últimos domingos para ocultar su aspecto. Yo quería que me diese una explicación. Que discutiésemos, si hacía falta. Mi madre sonrió, la cara bañada de sol y sombra. No me atrevía a perturbar la belleza de la tarde.

Tampoco podía mantener una conversación cotidiana. Quería decir algo. Hablar como hablábamos normalmente. Explicarle o preguntarle por una película o un libro. Escucharla hablar de un paciente que había ido a verla con un caso extraño. Compartir un recuerdo. Pero no dije nada.

Ella sacó el deshilachado agarrador casero de debajo de la cazuela de coliflor y dijo:

—¿Te acuerdas de cuando te dio por hacer punto?

Reí, ignorando por completo a qué se refería.

—¿No te acuerdas? Estabas en segundo. Me hacías un agarrador cada día de fiesta. Por mi cumpleaños me regalaste un agarrador. Luego, en Janucá, otro agarrador. ¿Y en Navidad? Otro agarrador. Me regalaste un agarrador en Año Nuevo, tesoro. Tenías mucho talento para la costura. Mira lo bien que ha aguantado este.

Me dio el agarrador, el suave tacto del envejecido hilo carmesí y blanco. No me vino ningún recuerdo a la mente.

Mi madre me miró con la misma expresión vacilante, y sentí de nuevo la urgencia del avión al acelerar por la pista de despegue momentos antes de que el móvil dejase de tener cobertura en las nubes. Había cogido el móvil y le había mandado el siguiente mensaje: «Te quiero más que a nada en el mundo. Estaré contigo en todo momento».

Ahora estaba con ella y no sabía qué decir.

El crepúsculo descendía sobre las colinas. Las crestas de las montañas habían desaparecido engullidas por la noche. Las cazuelas de barro estaban prácticamente vacías; solo quedaban los tallos de la coliflor y la piel de la calabaza sin comer. Un coyote aulló, y Lucy contestó ladrando. Mi madre necesitaba descansar antes de que fuésemos a la ciudad a primera hora de la mañana.

—Gracias por una cena tan rica, mamá. ¿Por qué no descansas mientras yo recojo?

—Es maravilloso tenerte en casa, Evan —dijo ella, mirándome a los ojos—. Se podría decir que estar contigo es lo que más me gusta de estar viva.